

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 6, capítulo LXI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 6, capítulo LXI

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo LXI
Muere Zaragoza
Septiembre de 1862

CAPÍTULO LXI

MUERE ZARAGOZA

Septiembre de 1862

Con la misma rapidez con que había partido para la Ciudad de México, Zaragoza regresó a su cuartel general en El Palmar, al que llegó el 25 de agosto.

Dedicó dos días a la atención de los asuntos pendientes y el 29 se dirigió a las Cumbres de Acultzingo donde había citado al general González Ortega, para ponerse de acuerdo con el fin de realizar una visita de inspección a la línea de operaciones.

Al día siguiente, 30 de agosto, se levantó muy temprano y, en compañía de los generales González Ortega y Negrete, de ayudantes y escolta, llevó a cabo un recorrido de dos días deteniéndose en cada destacamento; González Ortega se sentía algo enfermo; en cambio Zaragoza, parecía rebosante de salud.

El 1º de septiembre, de regreso en El Palmar, comenzó a sentirse enfermo culpando a la fatiga del viaje o al chaparrón que les sorprendió al volver de la expedición; la alta temperatura continuó pese a la atención médica, por lo que se le convenció debía trasladarse a Puebla.

Su secretario, Bruno Lozano, envió por delante un correo que llevaba la carta con la que se inicia este capítulo dictada por Zaragoza y fechada en Amozoc el 3 de septiembre, pero, firmada por Lozano en su nombre.

Antes de salir de El Palmar, entregó el mando al general González Ortega en forma provisional.

Se "hizo la travesía en su carretela y en medio de chubascos continuados" que dificultaron la marcha; al día siguiente, 4 de septiembre, llegó a Puebla, habiéndosele instalado en la casa número 8 de

la calle de la Santísima, más tarde llamada Zaragoza. Actualmente es el número 208 de la calle Reforma.

El general Ignacio Mejía, por vía telegráfica, informó a Juárez de la enfermedad que se diagnosticó como tifoidea; pero que en realidad era tifo y más tarde se reconoció.

González Ortega escribe al Presidente Juárez, agradecido por el interés que había mostrado en su salud y lamentando la separación temporal de Zaragoza; ofrece seguir los planes de campaña concebidos por éste último.

Enterado el general Pedro Hinojosa de la enfermedad del vencedor del 5 de mayo, escribe al ministro de Guerra apenado y haciendo grandes elogios de Zaragoza.

Al difundirse la noticia en México causó gran inquietud; la madre de Zaragoza con una de sus hijas se trasladó a Puebla y Juárez envió al médico Juan Navarro.

El día 7 de septiembre se mantuvo la gravedad; con dificultad pudo reconocer a su madre y a su hermana. Finalmente el 8 de septiembre a las diez y cuarto de la mañana, "a los treinta y tres años, 5 meses y 15 días de edad, rendía la última jornada; la única deserción de su vida, en el decir de don Justo Sierra".¹

Ignacio Mejía envió inmediatamente un sentido mensaje informando a Juárez, que concluía: "La patria ha perdido un fiel servidor y nosotros un buen jefe y amigo".

Un testigo presencial de la dolorosa agonía de Zaragoza, relató los últimos momentos del joven luchador, en la forma siguiente:

El día 5 lo pasó en su entero conocimiento y casi con visos de mejoría; el 6, como a las once de la mañana, ya empezó a delirar pidiendo sus botas de montar, sus armas y su caballo; como no se le daba lo que pedía, hizo un extrañamiento en toda forma a uno de los médicos de cabecera, manifestándole que tenía una patria,

¹ Federico Berructo Ramón, *Ignacio Zaragoza*, Secretaría de Gobernación, México, 1962 p. 319.

que era preciso sacrificarse por ella y que pronto, pronto, lo dejaran salir, porque «Coronado» ya estaba en Quecholac y debía batirlo antes de que se incorporara a los franceses; después se puso muy triste, lamentando que uno de sus más fieles asistentes - que el pobre no cesaba de llorar por tales reproches-, lo hubiese vendido pasándose a los franceses.

Tuvo aún algunos momentos de cordura y lamentó que tuviese que hacer cama seis días más.

La impaciencia por recorrer los campamentos y estar a la vista del ejército confiado a su cuidado, le devoraba más que la fiebre.

Por la noche volvió a la manía de querer ponerse las botas de montar y partir al campo de batalla. Se figuró también que estaba acostado en su catre de campaña y pedía otro lecho más cómodo y que no estuviese tan expuesto al viento y la lluvia, pues que ambas cosas le estaban molestando mucho.

Ese día estuvo dando órdenes terminantes al general Negrete que forzase la línea izquierda, a Berriozábal que con cuatro columnas avanzase por el centro y, después de un momento de contemplación sobria, empezaba a sonreír y murmuraba: Ya corren, los zuavos no son intrépidos en América como en Europa. Si entonces hubiese muerto, habría partido de este mundo en la firme inteligencia de que era vencedor del mariscal Forey pues mandaba órdenes a Carbajal, que creía situado en Amozoc, previniéndole que atrapase cuanto francés iba disperso por la falda de la Malinche.

Ya todos los médicos que le asistían, desesperaban de su salvación. El día 7 deliró continuamente y apenas conoció a la señora su mamá y a la señorita su hermana, que violentamente vinieron de México a fin de asistirlo con más eficacia.

Este día estuvo muy desasosegado y regañando porque no le llevaban un caballo ensillado; quiso levantarse y un ayudante le rogó se sosegara, porque habían dado orden de que no se moviese.

Cómo -dijo él- ¿estoy prisionero?

Si, señor -le replicó el ayudante, por ver si lograba sosegarlo por ese medio.

Se quedó muy pensativo.

A pocos momentos pasó por la calle una guardia y el corneta batía marcha.

Ya vienen a buscarme -dijo- y me van a fusilar; está bien; pero cuidado con el que se atreva a tocar a ninguno de mis ayudantes; a ellos no -agregó con un gesto y un acento terrible.

Pasó el resto del día ya muy desasosegado o muy rendido y siempre delirando y creyéndose prisionero y renegando de los franceses porque no sabían ensillarle su caballo.

Estábamos todos con gran cuidado por su gravedad; pero con la grata esperanza de que muy pronto llegaría de ésa el tan apreciable como entendido doctor Navarro y que la ciencia triunfaría del mal.

Llegó el señor Navarro, pero ya era tarde; aún no había muerto; mas el doctor recién llegado nos anunció que, cuando mucho, al siguiente día la fiebre acabaría la vida que había respetado las balas y la metralla en los puestos más peligrosos de cien combates.

Así fue.

Hoy, ocho por la mañana, se agravó de una manera muy alarmante; todavía deliró creyéndose prisionero.²

Ese mismo día se hizo saber a todos los gobernadores tan lamentable pérdida y el gobierno expedía un decreto disponiendo se le hicieran honras fúnebres en todos los lugares del país, estableciendo nueve días de luto oficial y que durante tres días se izara el pabellón nacional a media asta. Finalmente, que el cadáver se trasladara a la Ciudad de México y fuera enterrado el día 13 de septiembre.

² Ignacio Zaragoza. *Cartas y Documentos*, Selección, introducción y notas de Jorge L. Tamayo, Fondo de Cultura Económica, páginas. 41 y siguientes.

Fue inyectado en Puebla por el doctor Juan Navarro, saliendo el día 11 de Puebla, llegando a México a la garita de San Lázaro a las seis de la tarde; se le llevó al salón de cabildos del ayuntamiento donde se instaló la capilla ardiente.

El sábado 13, a las once horas, el féretro fue sacado en hombros de sus ayudantes, para ser depositado en una carroza; el cortejo, encabezado por Juárez y el gabinete, llegó al panteón de San Fernando a las trece horas, donde se celebró una lucida ceremonia. La oración fúnebre estuvo a cargo de don José María Iglesias y se incluye en este capítulo; en seguida Guillermo Prieto recitó una composición poética emotiva, si bien por la precipitación y la pena que le embargaba no es una de sus más afortunadas producciones; por ello nos limitaremos a reproducir alguna de las estrofas:

¿Por qué inmóvil estás, noble soldado,
que al clamor de metal de tus cañones,
presentaste del orbe a las naciones
el nombre de tu patria vindicado?
A ti el incienso del amor del pueblo;
a ti los rayos de su nueva aurora;
a ti los ecos de sus cantos puros;
a ti el alma de su alma que te adora.

Finalmente habló don Felipe Buenrostro, en representación de la Junta Patriótica, quien en uno de los párrafos finales de su discurso señaló que:

Los individuos de todas las comuniones políticas manifiestan francamente su pesar. Sólo los traidores, esos hombres sin patria y sin corazón son los que se mostrarán indiferentes; pues hasta los soldados del ejército francés no podrán menos que tributar un triste homenaje al esclarecido y patriota general que fue magnánimo con los vencidos, trató con humanidad a los

prisioneros que hizo del ejército invasor y los restituyó con generosidad al campo enemigo.³

El cadáver, como era costumbre en la época, quedó expuesto en magnífico catafalco hasta las cinco de la tarde en que fue inhumado.

Gran consternación causó su muerte, porque a su aureola de triunfador, se agregaban sus dotes de modestia y sencillez que le habían creado gran popularidad.

El día de su sepelio se publicó el decreto ascendiéndolo a general de división y ordenando que se escribiera con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso de la Unión; además se concedió pensión a la hija, madre y hermanas. Después también se decretó que Puebla llevase el nombre de *Puebla de Zaragoza*.

³ La poesía de Guillermo Prieto y el discurso del señor Buenrostro pueden consultarse en el *Siglo Diez y Nueve* del 15 de septiembre de 1862, pp. 2 y 3.

DOCUMENTOS

Septiembre de 1862

CAE ENFERMO ZARAGOZA

Amozoc, septiembre 3 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Mi querido amigo y compañero:

Hace tres días comencé (a) estar un poco malo, y al día siguiente, según la opinión de los médicos, se me declaró fiebre la que habiendo tomado un carácter grave, me he visto precisado a ponerme hoy en camino para esa ciudad, con el objeto de irme a curar; espero tenga usted la bondad de conseguirme una casa cómoda donde pueda estar solo, para atender a mis males. Mañana llego a esa ciudad y deseo me tenga usted la casa lista para irme a apear directamente (a) ella.

Al separarme del Palmar, he entregado el mando del ejército, al ciudadano general Jesús González Ortega, dando las órdenes respectivas para que se le reconozca como general en jefe y a quien se dirigirá usted para asuntos del servicio.

Sin más asunto, soy de usted afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Por orden del ciudadano general Ignacio Zaragoza.

Bruno Lozano

ZARAGOZA ESTA GRAVE

Puebla, septiembre 5 de 1862

Telegrama recibido en México, septiembre 5 de 1862, a las once de la mañana

Excelentísimo señor Presidente:

El señor general Zaragoza tiene una fiebre tifoidea, bien caracterizada. La enfermedad por sí es grave, pero hasta hoy no se presentan síntomas alarmantes. Se le atiende con esmero, lo visito tres veces al día y además de que lo asisten el doctor Petricioli y Orellana, llevo conmigo a la mañana y a la tarde a Nacho Orozco, cuya práctica en esta enfermedad es continua y sus conocimientos le constan, como a mí.

Ignacio Mejía

NO FUE POSIBLE SALVAR A ZARAGOZA

Puebla, septiembre 8 de 1862

Licenciado don Benito Juárez:

No ha sido posible salvar a nuestro amigo Zaragoza. La fiebre siguió su curso y de ayer a hoy se agravó de manera que ha fallecido a las diez y cuarto de esta mañana. La patria ha perdido un fiel servidor y nosotros un buen jefe y amigo.

Ignacio Mejía

SE DECRETAN HONRAS FÚNEBRES
EN MEMORIA DEL GENERAL ZARAGOZA

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en uso de las amplias facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.- Se celebrarán honras fúnebres en todos los lugares de la República, en memoria del malogrado joven, benemérito general en jefe del ejército de Oriente, ciudadano Ignacio Zaragoza.

2.- Los gobernadores y comandantes militares fijarán en sus estados respectivos los días en que deben tener lugar estos honores, cuidando de que se tributen al finado los que le corresponden con arreglo a la ordenanza, como capitán general del ejército, con mando en él y muerto en campaña.

3. - Todos los funcionarios y empleados públicos vestirán luto por nueve días contados, en la capital, desde el día en que sea trasladado a ella el cadáver del ilustre general y, en los estados, desde el en que se le hagan los honores fúnebres inclusive, excepto los de fiesta nacional si se intercalaren.

4.- En todos los edificios públicos se izará el pabellón nacional a media asta por tres días y se dispararán durante ellos en las ciudades, donde se pudiere, un cañonazo cada cuarto de hora, del alba hasta la puesta del sol.

5.- Los restos del general Zaragoza serán trasladados a esta capital, en donde se verificarán sus funerales el sábado 13 del corriente, a las diez de la mañana, debiendo concurrir a este acto todas las autoridades, corporaciones, funcionarios y empleados, al Palacio Nacional para acompañar al ciudadano presidente hasta el panteón de San Fernando. Allí, antes de la inhumación del cadáver, se pronunciará una oración encomiástica cuyo argumento será la sencillez de la vida, las sólidas virtudes y los eminentes servicios del joven general.

6.- El gobernador del distrito, el ayuntamiento de la ciudad y el gobernador de Palacio, dictarán las providencias convenientes para que los funerales tengan toda la solemnidad posible.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el más exacto cumplimiento.

Dado en el Palacio del Gobierno general en México a 8 de septiembre de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano licenciado Juan Antonio de la Fuente, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes. Dios, Libertad y Reforma. México, etc.

(Juan Antonio de la) Fuente

Ciudadano gobernador del distrito. . .

DECRETO DEL GOBIERNO
DECLARA BENEMÉRITO DE LA PATRIA
AL CIUDADANO GENERAL IGNACIO ZARAGOZA

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.- Se declara Benemérito de la patria en grado heroico al ciudadano general Ignacio Zaragoza.

2.- Su nombre se inscribirá con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso de la Unión.

3.- Se declara que mereció el ascenso al empleo de general de división y se le considerará con tal carácter desde el día 5 de mayo del corriente año, por los eminentes servicios que prestó a la nación en la guerra actual contra el invasor extranjero, principalmente por el triunfo obtenido contra él en el día mencionado.

4.- Como muestra de reconocimiento nacional, se dota a la hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de 100 mil pesos, que se le entregarán en bienes nacionalizados y, mientras esto no se efectúe, se le asigna una pensión anual de 6 mil pesos, cuyo pago se verificará en la Ciudad de México en la misma proporción que los concernientes a la guarnición de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

5.- En los mismos términos se satisfará a la señora madre del general una pensión vitalicia de tres mil pesos anuales y a las señoras sus hermanas, pensiones de la misma clase, que, unidas, sumen tres mil pesos anuales.

6.- Desde la publicación de este decreto la ciudad de Puebla llevará el nombre de *Puebla de Zaragoza*.

7.- El ayuntamiento de la capital dictará las providencias que sean de su resorte para que las calles de la Acequia donde vivió el general y la recientemente abierta en el ex convento de la Profesa, se llamen en lo sucesivo de *Zaragoza* la primera y del *Cinco de Mayo*, la segunda.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en el Palacio del Gobierno Nacional, en México, a 11 de septiembre de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Juan Antonio de la Fuente, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes. Libertad y Reforma. México, etc.

(Juan Antonio de la) Fuente

DISCURSO PRONUNCIADO POR JOSÉ MARÍA IGLESIAS
EN LOS FUNERALES DEL GENERAL IGNACIO ZARAGOZA

Conciudadanos:

Resultado natural es de esos terribles sacudimientos de los pueblos que llamamos revoluciones, dar a conocer a los seres privilegiados que los simbolizan. La abnegación, el genio, el heroísmo, o no se desarrollan o no brillan en épocas de paz, reservándose para los tiempos de agitación en que llegan a ser indispensables. Así luce en medio de las tempestades la ciencia del piloto, desconocida e inútil mientras el mar se conserva sereno y bonancible.

Esa ley providencial ha tenido, como todas las de su clase, su cumplimiento en nuestra patria y, sin referirnos a épocas ya lejanas, la vemos realizada en los acontecimientos contemporáneos de la lucha gloriosa de la Reforma. En defensa de los grandes principios representados por esa palabra, han brillado entre nosotros hombres eminentes, honra de México, beneméritos de la humanidad. La audacia de Lerdo, la rigidez de Ocampo, la abnegación de Degollado, la decisión de Gutiérrez Zamora, el denuedo de Valle, para no hablar sino de los que han muerto después de figurar en primera línea, son virtudes dignas de los mayores encomios. La historia las ha hecho ya suyas y no alcanzará a borrarlas el hálito emponzoñado de la envidia.

Al lado de esos esclarecidos patricios se presentaba dignamente el joven, el modesto, el valiente, el malogrado general, cuya pérdida irreparable lloramos con lágrimas del corazón. Ayer era nuestra esperanza; hoy es la causa de nuestro dolor. Su prematura muerte convierte el himno de triunfo en fúnebre plegaria... Detengámonos a contemplar esa figura.

Cuando los reaccionarios desconocieron al general Comonfort, pronunciándose en Santo Domingo, se rompieron las hostilidades y, despertándose en Zaragoza el instinto bélico que debía elevarlo tanto, tomó parte en la contienda con unos cuantos rifleros del norte y desde entonces reveló lo que debía esperar de él la justa causa que abrazaba.

El partido reaccionario, dueño de la capital de la República, auxiliado con los cuantiosos recursos del clero, escudado con la triple coraza del hábito, de la aristocracia y del fanatismo, emprendió con la Reforma una lucha suprema en que salió, en que no podía dejar de salir vencido, porque ya no hay resistencia eficaz contra la idea democrática del progreso sol de nuestro siglo, nuncio del porvenir, fuente de perfectibilidad de cuyas aguas brotará la regeneración del mundo.

En la temible prueba de los combates no tardó en llamar la atención el joven fronterizo, bizarro en la pelea, obediente a sus jefes, suave con el soldado, leal, pundonoroso, sin pretensiones, sin celos. Era el ciudadano Ignacio Zaragoza. Sus relevantes cualidades, no desmentidas después, pronto lo colocaron en puestos superiores en los que fueron siendo cada vez más eminentes sus servicios.

Como no tengo los datos necesarios para escribir su biografía ni es tampoco ese el objeto de este escrito, no me detendré en narrar los episodios de su vida militar durante los tres años de guerra con los efímeros gobiernos reaccionarios. Para mi propósito bastará recordar que en ese largo período no soltó las armas de la mano y que en ninguna de las acciones en que se encontró, que fueron muchas y reñidas, dejó de ir ganando fama con su irrepreensible comportamiento.

Ya en el sitio de Guadalajara, después de la separación de Degollado del mando en jefe del ejército liberal y por la ausencia temporal de González Ortega, el voto de sus compañeros lo puso a la cabeza de las tropas. Zaragoza se mostró, como siempre, merecedor de esa distinguida prueba de confianza. Negándose a entrar en pláticas de paz con Márquez, a quien echó en cara su alevosa conducta, lo derrotó completamente.

Las armas liberales avanzaron triunfantes en dirección de la capital. Restablecido el general Ortega de sus enfermedades, volvió a

ponerse al frente del ejército y el modesto Zaragoza, que en cualquiera colocación estaba contento y no aspiraba sino a servir a su patria, quedó de cuartel maestro. Con ese carácter asistió a la batalla de Calpulalpan, en cuyo triunfo le correspondió una parte bien gloriosa.

Reinstalado en México el gobierno constitucional, hubo todavía necesidad de ir sofocando las chispas que quedaban del extinguido incendio. Para toda empresa importante se empleó la espada de Zaragoza, campeón de cuya lealtad y de cuyo valor no se podía dudar.

Poco después fue llamado al ministerio de la Guerra donde, sin desmentir su modestia, que era uno de sus rasgos más característicos, dio pruebas de una notable actividad, de una consagración exclusiva al cumplimiento de sus deberes administrativos, de un celo infatigable para perseguir a los restos de la facción vencida. Con estas relevantes prendas contribuyó eficazmente al memorable triunfo de Pachuca, alcanzado por la división puesta a las órdenes del valiente general Tapia.

Salido del ministerio, quedó en espera de nuevas ocasiones en que prestar a su patria esos servicios de cuya utilidad había dado ya tantas pruebas.

La deseada oportunidad no tardó en presentarse. Con la invasión de México por las potencias aliadas, se abrió para Zaragoza la época más brillante de su vida.

Ansioso de tomar parte en la campaña, contra el enemigo extranjero, se incorporó al ejército de Oriente, mandado entonces por el general (López) Uruga. Al salir de esta capital, dejó casi moribunda a su esposa, a la que no debía volver a ver. No lo detuvo ese grave cuidado de familia, del que prescindió con la grandeza de alma que sabe anteponer el deber a los más dulces afectos del corazón.

Nombrado luego general en jefe de ese ejército, al que había ido gustoso en posición menos elevada, ni por un momento se arredró con la presencia de huestes afamadas en el mundo entero. Pronto siempre a sacrificarse, decidido a no transigir con la ignominia, en todas ocasiones se mostró firme, enérgico, digno guardián de la honra de México que le estaba especialmente encomendada.

Rotos los Preliminares de la Soledad por una perfidia más que púnica, el general mexicano demostró en los campos de batalla, que su entereza anterior había sido la simple manifestación del heroico ardimiento en que rebosaba su corazón.

La defensa de las Cumbres de Acultzingo, emprendida con sólo el objeto de causar daño al enemigo, sin oponerle una resistencia tenaz, corroboró la idea de que los soldados mexicanos son capaces de luchar con cualesquiera otros, cuando los conducen jefes como Zaragoza y como Arteaga. El principio de las hostilidades anunciaba el triunfo que poco después debían alcanzar nuestras armas.

Este triunfo es el grandioso, el solemne, el inolvidable del 5 de mayo. La memoria de ese día será eterna entre nosotros como lo es la del 15 de septiembre de 1810, la del 27 de septiembre de 1821, la del 11 de septiembre de 1829. Años enteros de infortunios y desastres se olvidan y quedan compensados con esos días, a la vez fugaces y perdurables, en que ha bañado a México la luz refulgente de la dicha, de la gloria, de la inmortalidad.

¿Quién no recuerda la inmensa ansiedad que se apoderó de esta patriótica población, cuando el hilo telegráfico anunció el ataque del Cerro de Guadalupe? Pendientes del resultado, nuestra vida se encontró en los mensajes que iban dando a conocer lo que pasaba. Asistíamos desde aquí al combate, atendíamos a sus peripecias, oíamos el estruendo del cañón, lamentábamos nuestras pérdidas, fluctuábamos entre el temor y la esperanza. La noticia de la victoria puso el sello a tantas emociones con la más grata, con la más pura de todas. Los que la sintieron la comprenderán; la palabra es impotente para expresarla.

La importancia del triunfo del 5 de mayo parece mayor cada vez que se medita en sus grandes consecuencias. Con él se dio una severa lección al enemigo, que encontró leones donde pensaba hallar gamos. Con él se salvó la honra nacional que habría quedado lacerada si nos hubiera impuesto la ley un puñado de invasores. Con él se obtuvo ante el mundo la vindicación del nombre mexicano, que será en lo sucesivo pronunciado con respeto como el de un pueblo que sabe luchar y morir en defensa de su independencia.

Tal vez las negras nubes del infortunio cubrirán el horizonte de nuestra patria; pero tras de ellas estará y acabará por romperlas, para aparecer radiante y deslumbrador, ese sol del 5 de mayo que alumbró la victoria de los hijos de México sobre los vencedores en cien combates.

El éxito de la batalla fue tanto más apreciado cuanto menos se esperaba. No había en el extranjero quien lo creyera posible; nadie calculaba que el ejército francés fuese detenido en su marcha triunfal a la capital de la República. Entre nosotros mismos la idea que generalmente predominaba, era la de que sería ineficaz la resistencia y, más bien que contar con un triunfo poco probable, se limitaba el voto patriótico a sucumbir con gloria. Pocos mexicanos abrigaban esta fe, que obra prodigios en todo y en ninguno descollaba de una manera tan patente como en el digno general que ni un momento dudó de la victoria de la buena causa. Había algo providencial en esa creencia firme, inalterable que auguraba el desenlace más halagüeño y duplicaba el aliento de los bravos soldados que exponían su vida por obtenerlo.

¡Con cuánta complacencia se detiene el ánimo en la contemplación de aquel fausto suceso, como si quisiera neutralizar con ese bálsamo el profundo dolor de esta fúnebre solemnidad! ¿No veis, no veis ese féretro circundado de una aureola de luz, cual si lo alumbrase el sol del 5 de mayo? ¡Ahí descansan los restos inanimados del vencedor de Márquez, del vencedor de Lorencez!

Con la retirada de los franceses a la ciudad tomada con alevosía y que les había servido de punto de partida, volvió a sus posiciones de Acultzingo ese heroico ejército de Oriente, tan sufrido en las miserias como intrépido en el combate; ese ejército, al que tanto debe la patria, del que puede decirse que era digno de su jefe y en el que generales, oficiales y soldados recibirán como elogios propios los que se hagan del ilustre caudillo que tuvo la gloria y la honra de mandarlo.

Y lo harán así porque Zaragoza amaba a sus compañeros de armas como a sus hermanos, como a sus hijos. Trabajaba sin descanso en mejorar la organización de sus fuerzas, para presentarlas al invasor cada vez más dignas de pelear por la independencia de su patria.

La capital de la República llevaba meses de no ver al esclarecido general, cuando sabe de repente que ha venido por breves horas a tratar de asuntos del servicio. En el acto se improvisan espontáneas demostraciones de cariño para significar el júbilo con que la ciudad recibe a su huésped. Las campanas rompen su largo silencio para saludarlo; el pueblo recorre las calles entre vítores y plácemes y le busca en su casa y en Palacio para felicitarlo; sus amigos le obsequian con una comida de hermanos.

Tal me parece que fue ayer. La franqueza, la expansión, reinaban en el convite; los brindis sucedían a los brindis, todos entusiastas, patrióticos, encomiásticos del héroe de la función. Cuando él pronunció el suyo, la emoción apagó su voz; las lágrimas asomaron a los ojos de aquel hombre tan sereno en el peligro. Sus palabras solemnes revelaron de nuevo esa fe en la salvación de México que no le abandonó un instante, así como su entrañable amor a la patria a que había consagrado su existencia. Veía la nación entera detrás del ejército de Oriente; aquélla era, así lo esperamos, la visión profética del porvenir.

Al despedirse de nosotros, nadie se imaginaba que oía su voz por última vez; que por última vez le estrechaba en sus brazos. Nadie creía que pocos días después tomaría aquella escena fraternal el triste carácter de una despedida eterna.

Tales son las vicisitudes de la vida; tan profunda así la miseria de las cosas humanas. Lo que juzgamos realidad tangible es ilusión fugaz; lo que soñamos felicidad es desventura. Y por eso estamos todavía más obligados a seguir sin desviación la senda estrecha del deber.

Así la siguió Zaragoza, hasta encontrar la muerte por esa vía. Las continuas fatigas de la campaña minaron su robusta salud. Atacado del tifo sucumbió en pocos días.

Luego que circuló la noticia de su enfermedad, la ansiedad pública volvió a tomar ese carácter de agitación que anuncia la existencia de un acontecimiento trascendental. Renovóse con el mismo empeño con que se esperaban el 5 de mayo los partes telegráficos. El pueblo comprendía que, si entonces se trataba de su salvación, tratábase ahora de la vida de su salvador.

En la mañana del 8 de septiembre, día nefasto para lo venidero, se recibió el mensaje, elocuente en su laconismo, del médico que asistía al enfermo. Decía así: "Son las diez y diez minutos; acaba de morir el general Zaragoza".

La triste nueva; esparcida lentamente, recibió para el público plena confirmación en los tres alarmantes cañonazos disparados al entrar la noche. Al escuchar aquel ruido desusado, la gente se precipita a las calles para averiguar qué lo motiva. Los amigos, los conocidos se encuentran y, omitiendo el saludo de costumbre, unos a otros se repiten las últimas palabras del parte telegráfico: "Ha muerto el general Zaragoza".

Ha muerto, sí, uno de los caudillos de la Reforma, el vencedor de los franceses, el general en quien cifraba hoy la patria sus más caras esperanzas. Ha muerto lleno de fe en la victoria, consagrado exclusivamente a sus deberes, como lo reveló el sublime delirio de su agonía, de esa hora suprema en que se descubren sin disfraz los más recónditos sentimientos del alma. Ha muerto cuando la planta del extranjero profana el suelo mexicano, cuando surcan el mar los refuerzos que esperan los invasores para abrir una campaña sangrienta. Ha muerto en el lecho del hombre pacífico, devorado por una fiebre maligna, en vez de sucumbir, cual correspondía a un guerrero de su talla, al frente del enemigo, a la cabeza de una columna, derribado por una bala francesa al tremolar heroico la bandera nacional.

Pero no, yo me engaño, la diferencia es nominal. El general que fallece de resultas del cumplimiento de sus deberes militares, perece en el campo de batalla; su muerte es igualmente gloriosa, la de Zaragoza ha sido la del buen ciudadano, la del esclarecido patriota, la del jefe pundonoroso. Muerte envidiable, noble remate de su noble vida.

Llora, México, llora sin consuelo por la pérdida de uno de tus más distinguidos hijos; pero que tu llanto no sea estéril sino, antes bien, fecundo para producir dignos imitadores del héroe. Seguid, mexicanos, siquiera sea de lejos, sus huellas luminosas para salir de la terrible crisis en que nos encontramos, con la frente limpia, con la conciencia tranquila. Tomad por modelo al joven que a los 33 años ha sabido dejar una memoria imperecedera y, por más que el tirano de la Francia aglomere

sobre nosotros sus aguerridos batallones, no será dudoso el éxito de la contienda. Venceremos en ella y, el día que puedan agregarse nuestros laureles a los siempre frescos de esa tumba que va a cerrarse a nuestra vista, el día en que se firme una paz honrosa, salvándose la dignidad nacional, pues debemos antes perecer que admitirla de otra manera, habremos levantado, creedme, el monumento más honorífico a Zaragoza, el más adecuado a la alta nobleza de sus sentimientos. Por ahora, despedámonos del héroe; ciñamos sus sienes con las coronas de flores entretejidas por nuestro agradecimiento; sacrifiquemos sobre su ataúd, convertido hoy en el altar de la patria, nuestras rencillas, nuestras divisiones, nuestro dios, cuanto haya de impuro en el corazón de cada uno, para prepararnos debidamente a la obra más santa de los pueblos: la de la conservación de su soberanía.

Y tú, insigne mexicano, que nos has enseñado el camino que a todos nos cumple seguir, gózate en los óptimos frutos que has dejado de tu corta mansión sobre la tierra. ¿Quieres consuelo? Para tu hija querida la herencia envidiable de tu nombre. Para tu patria adorada, esa misma herencia, tu heroico ejemplo, los prósperos resultados de tus hazañas. Para tu memoria en el mundo, el lauro inmarcesible de la gloria. Para tu alma inmortal, el premio con que Dios galardona la vida.

(Septiembre 13 de 1862).

(José María Iglesias)